

# NEW LEFT REVIEW 110

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO - JUNIO 2018

	ARTÍCULO	
STATHIS KOUVELAKIS	Zona fronteriza	7
BEATRIZ GARCÍA <i>ET AL.</i>	Huelga feminista en España	39
FRANCIS MULHERN	Revoluciones críticas	43
ENTREVISTA		
FERNANDO MARTÍNEZ	Pensar por nosotros mismos	61
ARTÍCULO		
MIKE DAVIS	El historiador del clima	89
OBITUARIOS		
JULIANA NEUENSCHWANDER & MARCUS GIRALDES	Marielle Franco	137
MARIELLE FRANCO	Después de Dilma	143
CRÍTICA		
WOLFGANG STREECK	¿El cuarto poder?	151
PHILIP DERBYSHIRE	Huérfanos de Freud	163

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO  
**25M**  
DEMOCRACIA

**ts**  
d traficantes de sueños

---

[SUSCRÍBETE](#)

## CRÍTICA

Joseph Vogl, *The Ascendancy of Finance*,  
Cambridge, Polity Press, 2017, 220 pp.

WOLFGANG STREECK

### ¿EL CUARTO PODER?

Al igual que la sangre en el *Fausto* de Goethe, el dinero «es un fluido muy especial». Circula por el cuerpo político-económico, cuyo sustento depende de su liquidez. Y está rodeado de misterio. De hecho, el dinero es muy probablemente la institución humana más impredecible y menos gobernable que hayamos conocido nunca. Si bien se supone que se inventó a modo de equivalente general para servir como una unidad contable, medio de cambio y depósito de valor, con el tiempo ha penetrado en los rincones más remotos de la vida social, asumiendo constantemente nuevas formas y deparándonos nuevas sorpresas. Incluso Keynes tuvo que admitir que su intento de escribir un *Tratado sobre el dinero* (1930) chocó con «muchos problemas y perplejidades». El proceso de cómo el dinero llegó a ser lo que es hoy, en la modernidad capitalista, puede tal vez, visto en retrospectiva, reconstruirse como un proceso de desmaterialización y abstracción progresiva, acompañado de una mercantilización creciente y de la intensificación del patrocinio estatal. Más difícil de decir es, sin embargo, cómo *funciona* el dinero en su presente forma histórica; y más difícil aún, hacia dónde se dirige a partir de aquí. Esta construcción social siempre se ha visto rodeada de consecuencias imprevistas que la han determinado, consecuencias provocadas por la acción humana, pero no controladas por ella.

El dinero, el producto de las finanzas, es –siempre lo ha sido– un enigma. Incluso los principales ingenieros que lideraron la revitalización del capitalismo global por la vía de su financiarización a finales del siglo xx, los Alan

Greenspan y los Gordon Browns, no sabían lo que estaba creciendo bajo sus manos. Para tranquilizarse a sí mismos –y a todo el mundo– decidieron que los «participantes del mercado», si se los dejaba perseguir sus propios intereses, construirían el más estable de los mundos financieros posibles. Los reguladores públicos solo tenían que limpiar el desastre cada vez que estallara una burbuja, cosa que inevitablemente sucedería. Los debates sobre las causas y las consecuencias del colapso de 2008 han tenido poco efecto hasta ahora sobre la dirección de las tendencias subyacentes a largo plazo. La oferta de dinero a escala global sigue expandiéndose de forma considerablemente más rápida de cuanto lo hace la economía mundial, tal y como lo ha venido haciendo desde la década de 1970. El dinero en sentido amplio suponía el 59 por 100 del PIB global en 1970, el 104 por 100 en 2000 y el 125 por 100 en 2015; y, sin embargo, no ha habido apenas inflación en las principales economías capitalistas desde la década de 1980, a pesar de que los tipos de interés se hallan en mínimos históricos, rozan el 0 por 100 y asumen en ocasiones incluso valores negativos. Lo cierto es que nadie puede explicar esto. De hecho, se sigue discutiendo sobre las causas de la alta inflación de las décadas de 1920 y de forma menos dramática de 1970. Lo que sí *está* creciendo, junto con el dinero, es la deuda: ha pasado del 246 por 100 del PIB global en el año 2000 a un 321 por 100 en 2016. Esto incluye tanto la deuda pública como la privada. La deuda pública se incrementó de forma acusada después de 2008, mientras que la deuda privada de los hogares en Estados Unidos excede ahora el PIB de China, que es, por su parte, uno de los países más endeudados del mundo. La deuda es una promesa de devolución futura con los intereses: una promesa en la que uno debe creer. Si bien está claro que debe haber un límite a la deuda –el punto donde la promesa de devolución deja de ser realista–, nadie sabe exactamente dónde está ese límite, ni lo que sucedería si se traspasara.

*The Ascendancy of Finance*, de Joseph Vogl, no pretende zanjar estas cuestiones. Lo que sí hace, sin embargo, es llevarnos al corazón de las tinieblas del capitalismo financiarizado actual, el lugar donde se hace el dinero y desde donde se expande. Como profesor de literatura alemana en la Universidad de Humboldt, en Berlín, Vogl ha sido traductor de Foucault, Deleuze y Lyotard en la década de 1990, y se ha centrado desde entonces en las interrelaciones existentes entre filosofía política, literatura y teoría económica. Su obra *Kalkul und Leidenschaft* (2008) analizaba el maridaje entre «cálculo y pasión», propio de la era de la Ilustración, en varias obras clásicas: el *Leviathan*, *Wilhelm Meister* y *London Merchant*, de George Lillo. Dos años más tarde, *Das Gespenst des Kapitals* (publicado en inglés como *Spectre of Capital*) detectaba una veta de teodicea secularizada dentro del pensamiento económico liberal, que Vogl denominaba *Oikodicea*. Ahora, en *The Ascendancy of Finance*, Vogl se salta la larga prehistoria y la antropología

social del dinero –sobre las conchas de caurí y los camellos véase, *inter alia*, David Graeber, *Debt: The First 5000 Years* (2011)– para transportar al lector a comienzos de la era moderna, época del ascenso del Estado moderno y de las finanzas a gran escala. Según nos explica Vogl, si ambos fenómenos nacieron a la vez no fue por casualidad. El poder del Estado y el poder de las finanzas son, de hecho, hermanos siameses, a veces enfrentados, pero siempre interdependientes. El dinero es, por así decirlo, la asociación público-privada más antigua: a la vez propiedad privada y bien público, mercancía comercializable y monopolio del banco central, crédito y deuda, una criatura del mercado, pero también de la «zona gris» entre el mercado y el Estado. La relación está sometida a continuas permutaciones. Pero a pesar de sus formas siempre cambiantes y a menudo directamente estrambóticas, el origen del dinero puede situarse en dos únicas fuentes, ambas ubicadas en el campo de fuerza entre los Estados y los mercados. Una es la creatividad de todo tipo de negociantes [*traders*] en busca de nuevos dispositivos [*devices*] –según la jerga moderna– para reducir los costes de transacción, dispositivos que van desde los pagarés a los *bitcoins*, promovidos y explotados en igual medida por un creciente sector financiero que compra y vende, en busca de beneficio, el papel comercial que emplean los *traders* para concederse crédito los unos a los otros. La otra es la necesidad que tienen los Estados de financiar sus actividades a través de la deuda o los impuestos –normalmente, las dos cosas– y de mantener sus economías en buena salud por la vía de ofrecer a sus empresas medios seguros de intercambio y oportunidades abundantes para «obtener pluses». Vogl describe de manera impresionante, a lo largo de dos capítulos, cómo estos procesos operan conjuntamente para crear el dinero moderno.

El dinero habla, según se suele decir, y sus primeras palabras son siempre: confía en mí. En vista de las oscuras circunstancias de su producción, se diría que esto es pedir mucho. A medida que el intercambio económico se fue extendiendo y las oportunidades para los timos –desde John Law hasta Standard and Poor’s– proliferaron, la confianza en el dinero, que es esencial para la economía capitalista, tuvo que ser progresivamente respaldada por la autoridad del Estado. Desde tiempos inmemoriales, los Estados –o sus dirigentes– aseguraron la fiabilidad del dinero certificándolo con su sello de aprobación. Esto les permitió abrir la posibilidad de apropiarse de una fracción de su valor, en forma de eso que se llama señoreaje, así como aprovechar múltiples oportunidades para el abuso, por la vía, por ejemplo, de devaluar la moneda. Una contribución importante para la credibilidad de los Estados en tanto que administradores del dinero fue la invención, durante el siglo XVII, de la deuda pública permanente, en paralelo a la transición de la ley personal a la ley parlamentaria y a la introducción de los impuestos regulares. Estos cambios garantizaron a los acreedores del Estado fiabilidad a la

hora de satisfacer los saldos pendientes. La deuda pública podía ahora subdividirse en certificados de deuda de baja denominación, los cuales podían circular como medio de pago, porque se podía confiar en que el Estado los aceptaría como pago de impuestos, o bien a cambio de lo que hubiera prometido satisfacer cuando emitió su deuda como moneda. Además, el crédito privado extendido por los bancos a deudores fiables podía denominarse como deuda pública, de manera que el Estado soberano pasaba a ser el deudor de último recurso de la economía.

El dinero actual, que consta de papel moneda y libros mayores electrónicos, es una pirámide compleja de promesas públicas y privadas de satisfacción futura de cuentas presentes, aseguradas y respaldadas por cadenas virtualmente infinitas de contratos formales y acuerdos informales. ¿Cómo han podido las gentes y los pueblos confiar sus vidas a esta dudosa coproducción de bancos y Estados, a esta construcción social tan dada a los accidentes, a pesar de la larga historia de crisis y escándalos financieros, que se extiende desde el siglo XVII hasta nuestros días? De manera elegante, y desde una perspectiva histórica e institucionalista, Vogl relata la larga historia del desarrollo del dinero moderno, siguiendo el rastro de la evolución conjunta de los Estados soberanos y de los mercados financieros, que se han necesitado mutuamente para defender su propio crédito y credibilidad. En un despliegue impresionante de erudición histórica y filosófica, Vogl parte de los primeros teóricos modernos del Estado y de la soberanía estatal entre otros, Montchrétien, Naudé, Malebranche, Leibniz, Rousseau o Smith. Todos ellos son leídos a la luz de la férrea dependencia de las finanzas públicas, y de la prosperidad económica nacional, de la buena voluntad de capitalistas privados, los cuales, a su vez, dependían de la disposición del Estado a la hora de emplear su monopolio de la violencia legítima en apoyo de los emprendedores aventureros de las finanzas, que, cual alquimistas, transmutaban la suciedad de la deuda en el oro de curso legal.

En su estrategia conceptual Vogl hace una maniobra crucial, que consiste en romper radicalmente con la antinomia liberal entre Estados y mercados, o entre política y economía, para insistir en cambio en su interdependencia histórica y sistémica: no hay soberanía estatal sin crédito; y no hay finanzas creíbles sin reaseguramiento soberano. Esta es la razón por la que Vogl no presta atención a los proyectos utópicos de reforma, orientados a acabar con el dualismo dinero público/dinero privado: ya sea por la vía de privatizarlo, a la manera de Hayek, o, por así decirlo, por la vía de «estatalizarlo», según los términos propuestos por Irving Fisher en *100% Money* (1935) o por el actual movimiento *Vollgeld* (dinero soberano). Antes bien, el dinero vive y crece, y se vuelve rentable, por medio de eso que Vogl llama (en el título original, en alemán) *Souveränitätseffekt*, que se irradia desde el Estado soberano hasta los tejemanejes del mercado financiero, respaldando

estas transacciones contractuales con la autoridad pública coercitiva. De esta forma, Vogl viene a excluir, más o menos explícitamente, la buena y vieja distinción del marxismo ortodoxo entre estructura y superestructura (de hecho, siguiendo a Foucault, la estructura –en el sentido de organización general de la producción y el consumo– está ausente del esquema de Vogl). Las finanzas solo pueden ser lo que son si participan del Estado, y el Estado solo puede desarrollarse hasta convertirse en un agente económico creador de valor si extrae señoreaje de su producción de dinero e invita a la industria financiera a cobrar su parte. De hecho, según Vogl, los Estados se hicieron soberanos por la vía de cooptar las finanzas e integrarlas en su soberanía emergente, para a continuación repartir parte de esa soberanía con los mercados, y crear de esta forma un enclave privado con soberanía propia en el seno de la autoridad pública. De la misma forma que la sociedad moderna no podría haber sido monetarizada sin contar con la autoridad del Estado, el Estado solo pudo convertirse en el comité ejecutivo de la sociedad cuando hizo de las finanzas el comité ejecutivo del Estado.

Así, el dinero surge en aquello que Vogl llama «zonas de indeterminación», donde los intereses privados y los públicos son reconciliados, mediante la asignación de un estatus público a los primeros y de la privatización de los segundos. El resultado es un complejo entramado de conflicto y cooperación, generador –y a la vez beneficiario– de lo que Vogl denomina «poder de señoreaje»: una relación en la cual el Estado y las finanzas se comprometen a gobernarse mutuamente y, al alimón, a gobernar la sociedad en general. Las zonas de indeterminación, escribe Vogl, «guardan una relación ambigua con ambas partes, son impulsadas y a la vez constreñidas por la autoridad del Estado, pueden expandir o inhibir el ejercicio del poder político, así como pueden estimular o bien obstruir (por ejemplo, a través de la monopolización) los mecanismos del mercado». Los sistemas financieros necesitan de la regulación estatal si han de seguir siendo fiables y responsables, pero demasiada regulación ahuyenta el dinero y, de esta forma, socava la viabilidad del Estado. Los Estados, a su vez, no solo necesitan unos sistemas bancarios robustos para la economía, sino también crédito para sí mismos, para lo cual deben estar en una posición creíble desde la que poder prometer su devolución diligente con intereses. Si quiebran, pueden perder acceso a los mercados financieros, y su industria financiera –e incluso, a veces, la de los países aliados– puede asimismo quebrar.

Es en situaciones de crisis, cuando los bancos están a punto de quebrar y los Estados caminan por la cuerda floja de la insolvencia, cuando la noción liberal que marca una distinción nítida entre mercados y Estado queda en evidencia como lo que es: un mito. En tales ocasiones, cuando las élites financieras y políticas unen sus fuerzas en una sala de juntas virtual, esa diferenciación funcional (la categoría favorita de la sociología funcionalista)

pierde su sentido, y la soberanía revela su rostro schmittiano al declarar el estado de emergencia y *die Stunde der Exekutive* [la hora del poder ejecutivo]. Tal y como nos muestra Vogl en su crónica de la «operación rescate» de Wall Street en otoño de 2008, en la hora del poder ejecutivo se libera de pronto una cuantía enorme de fondos públicos, que se pone a disposición exclusiva de determinados círculos de banqueros y de sus supuestos supervisores. Trabajando conjuntamente como un reloj, toman decisiones característica del poder de mando cuyas consecuencias nadie puede predecir. Intentan por todos los medios mantener al menos una apariencia de control de los acontecimientos, para impedir que esta pirámide de promesas que es el capitalismo financiarizado se derrumbe bajo el creciente peso de la sospecha de que las cosas, efectivamente, se han ido de las manos.

En periodos más tranquilos, los dos polos del poder de señoreaje —el Estado y el mercado— se encuentran y se funden en el banco central, que es el núcleo institucional híbrido de la «zona de indeterminación» del capitalismo. De forma admirablemente concisa, Vogl nos ofrece historias comparativas del Banco de Inglaterra, la Reserva Federal, el Bundesbank, el Banco Central de Chile durante la dictadura de Pinochet y el Banco Central Europeo. Todos estos organismos median entre, por una parte, la necesidad de respaldo estatal que tiene el mercado financiero y, por otra, la asistencia capitalista que se presta al Estado en forma de una industria financiera saludable que pueda servir como vehículo para la implementación de la política monetaria y para la distribución de capital a todos los sectores de la economía. Reductos privados en el Estado y reductos públicos en las finanzas, los bancos centrales han oscilado históricamente entre formas institucionales muy diferentes: privadas, públicas y combinaciones variables de ambas. Lejos de constituir un organismo racionalista-funcionalista, han desempeñado funciones muy diversas y a menudo escasamente relacionadas (desde la gestión de la deuda pública hasta la emisión de moneda, pasando por la supervisión de los bancos privados), improvisadas más o menos *ad hoc* según la conveniencia política, tal y como cabe esperar en un mundo de «indeterminación». Lo que distingue a los bancos centrales en su tipología es que existen para mantener las finanzas a salvo de las veleidades de los gobernantes políticos (ya sean autocráticos o democráticos), al tiempo que proporcionan a estos últimos al menos la ilusión de que controlan los vaivenes de los mercados financieros. La independencia institucional es un aspecto crucial, que en nuestros días significa ante todo aislamiento con respecto a la política electoral. Las cuestiones monetarias deben ser, por lo tanto, despolitizadas, que es lo mismo que decir desdemocratizadas. Según argumenta Vogl, los bancos centrales constituyen un cuarto poder que eclipsa a los poderes legislativo, ejecutivo y judicial, y que integra los mecanismos financieros y de mercado en la práctica del gobierno.

La pretensión de los bancos centrales de ejercer una autoridad autónoma se basa en una competencia técnica que se les supone y que ellos hacen valer. Tal y como a ellos y a sus voceros en los medios y en los departamentos de economía les gusta tanto explicarnos, los banqueros centrales saben cosas acerca de la economía que la gente normal, desbordada sin remedio ante tanta complejidad, apenas puede empezar a comprender. Ellos manejan teorías para hacer que la economía se comporte en función de los intereses de la sociedad, al menos a largo plazo, cuando por desgracia todos estaremos muertos. Los propios banqueros centrales siempre han sido conscientes, aunque lo ocultan tan bien como pueden ante el vulgo, de que su actividad «no es una ciencia, sino un arte». Esto significa que lo que le venden a la gente como si fuera poco menos que una ciencia natural no es en realidad más que empatía intuitiva: una capacidad, adquirida por haberse movido durante mucho tiempo en los círculos precisos, para percibir cómo se sentirá el capital, si bien o mal, ante los planes de un determinado Gobierno con respecto a los mercados financieros. (La teoría económica se entiende mejor como una reificación ontológica de las sensibilidades capitalistas, representadas como leyes naturales de un constructo llamado «la economía»). En los momentos críticos, como cuando el Banco de Inglaterra abandonó el patrón oro en 1931, los banqueros centrales, en lugar de desplegar los conocimientos ya testados del tipo «si A, entonces B», se apoyan entonces en la intuición cultivada de los grandes hombres y en su capacidad para hacer creer a los demás que ellos saben lo que están haciendo, aun cuando no lo sepan. En un evento universitario que tuvo lugar en Londres casi una década después del *crack* de 2008, un admirador entusiasta mencionó a Alan Greenspan, al que recordaba por «tener dentro de su cabeza un modelo completo de la economía estadounidense». Presumiblemente esto le permitía hacer siempre la llamada correcta y significaba que le resultaba completamente innecesario compartir con el mundo exterior esa base de datos con ecuaciones estructurales que llevaba consigo.

Hoy en día, esa mezcla peculiar de los bancos centrales hecha de cientifismo, intuición, fe de curandero y teatralidad está perdiendo su magia. Los banqueros centrales llevan años tratando de transformar la expansión cuantitativa en algo que tenga que ver con el sentido común, mientras sus amigos de las finanzas les están diciendo ya que «no se puede seguir así eternamente». Pero las esperanzas de que la expansión cuantitativa, junto con unos tipos de interés cero, estimularía la inflación, nos mantendría a salvo de la deflación, devaluaría la deuda y, en consecuencia, traería de nuevo el crecimiento, se ha visto truncada. El nuevo término clave es «incertidumbre radical», introducido nada menos que por Mervyn King, exgobernador del Banco de Inglaterra. En su libro *The End of Alchemy* (2016), King les confiesa a sus lectores: «En un mundo de incertidumbre radical no hay forma de



identificar las probabilidades de los eventos futuros y tampoco existe serie alguna de ecuaciones que pueda describir los intentos de la gente de sobre llevar, más que optimizar, esa incertidumbre». Y añade: «Las relaciones económicas entre dinero, renta, ahorro y tipos de interés son impredecibles, si bien son resultado de las tentativas de personas racionales de hacer frente a un mundo incierto». No tiene sentido operar con reglas científicas o legales si los verdaderos principios organizadores de la economía han dejado de comprenderse, o si las cosas rechazan someterse a las reglas. En estas circunstancias, incluso la pretensión del control se hace difícil de sostener. Según se leía en un correo electrónico de la sociedad global de inversiones PIMCO a sus clientes, fechado en julio de 2016, ya no tiene sentido hacer más previsiones, porque «el mundo real está lejos de ser estacionario», lo que significaba que, y cito de nuevo, «suceden cosas». Según advertía esa sociedad de inversiones, las «rupturas estructurales» han hecho necesario «pensar lo impensable». Y «si el futuro es radicalmente incierto, la práctica moderna de los bancos centrales de ofrecer a los mercados guía y “orientación por adelantado” bien podría ser una insensatez», ya que «crea la ilusión de que el futuro es predecible».

La creciente volatilidad política y económica implica una pérdida de poder para los bancos centrales de los que habla Vogl, así como una pérdida de respetabilidad. En julio de 2017, un año después de abrazar la incertidumbre radical, esa misma sociedad de inversiones explicaba a sus clientes por qué los tipos de interés estaban, y continuarían estando, tan bajos. *Los bancos centrales no pintan absolutamente nada en esta historia*, decía. Antes bien, la causante de ello era la «empresa *superstar*», cuyo auge fue posible gracias a las nuevas tecnologías y a los mercados globalizados. Y cito: «Las empresas *superstar* obtienen beneficios mayores, ahorran más de lo que invierten y pagan una parte menor de su valor añadido al trabajo». Ello explica «fenómenos fundamentales a escala macro, tales como el exceso global *ex ante* de ahorro en relación con la inversión, la creciente desigualdad de renta y riqueza, así como una baja inflación salarial a pesar del descenso del desempleo, todo lo cual ha contribuido al actual clima de bajos tipos de interés reales y naturales, que a su vez mantienen unas valoraciones altas para las *superstar*». En este mundo donde «el ganador se lo lleva todo», la concentración económica se está incrementando. Las grandes empresas se sientan en montañas de dinero, mientras cae la parte de la renta que corresponde al trabajo. Los altos salarios de los pocos privilegiados empleados en las empresas *superstar*, combinados con una débil presión salarial en el sector de los sueldos más bajos, que se halla cada vez más fragmentado, producen una agudización de la desigualdad que acrecienta el ya excesivo ahorro existente a escala global, ya que «los individuos ricos, que cobran salarios altos, tienen una mayor propensión al ahorro que los menos ricos,

que perciben salarios bajos» (un relato que sorprende por su similitud con las explicaciones «radicales» estándar de la crisis del capitalismo contemporáneo). Juntas, todas estas dinámicas mantienen la inflación baja incluso cuando los bancos centrales quieren que los precios suban. Por lo tanto, a decir de los expertos, «la estrategia inversora apropiada» deberá calibrarse en función de «un ambiente a largo plazo de bajos tipos de interés». PIMCO menciona tres riesgos potenciales para una tal estrategia: (1) «Una oleada de proteccionismo que lleve a una desglobalización creciente», (2) «Unas agresivas políticas antitrust, que frenen los beneficios cuasi-monopolísticos de las empresas *superstar* en favor de las potenciales rivales» y (3) «Un fuerte y repentino repunte del poder de negociación colectiva de los trabajadores». La sociedad de inversiones no considera probable que se dé ninguna de estas situaciones. Pero tal y como ha dicho el propio Greenspan en una conferencia pronunciada en el American Enterprise Institute en febrero de este año, en las condiciones presentes los tipos solo pueden moverse en una dirección, que es hacia arriba, y cuando lo hagan, el efecto que ello tendrá en los precios de las acciones será devastador. El organizador del evento, Desmond Lachman, antiguo economista del FMI, predice una crisis financiera y económica de dimensiones catastróficas en un futuro cercano, como consecuencia de la subida de los tipos de interés.

En un capítulo final, titulado «Reserves of Sovereignty», Vogl trata el tema de la inmersión de los sectores financieros organizados a escala nacional (que la innovación financiera y la internacionalización del capital han vuelto políticamente inmanejables) en un régimen global emergente. Aquí, de nuevo, el dominio de Vogl de su propio equipaje conceptual le permite dar sentido a un proceso altamente complejo, concebido como otra permutación más de la relación entre lo público y lo privado, que equivale a la conversión de la «regulación» en «gobernanza», en concreto, en «gobernanza global». Para Vogl la financiarización implica esencialmente la transferencia de la supervisión financiera a los propios mercados financieros, lo que, en último término, equivale a establecer la supervisión de los Estados por parte de los mercados. Sujetas a los dictados de la acumulación de capital, las relaciones que constituyen la infraestructura de la vida social son financiarizadas, despolitizadas y, de hecho, desocializadas. La responsabilidad por el orden económico se desplaza desde los gobiernos constitucionales y potencialmente democráticos a «un mosaico de entidades públicas, organizaciones internacionales, tratados y actores privados, que supervisan la privatización de la regulación y, en consecuencia, la mercantilización e informalización de la ley y de las instituciones legales». Con la privatización de la gobernanza, las finanzas pasan a ser el único soberano que queda. La «gobernanza global», escribe Vogl,

No es ni una liberación directa de las libertades del mercado, ni una supresión de las instituciones del Estado, como tampoco es una dicotomización rígida entre mercado y Estado. Desde la década de 1990 ha tenido lugar una incrustación mutua; se ha producido una permeabilidad, que permite que las condiciones del crédito dicten las reglas de la restructuración política. En este proceso, las instituciones del Estado funcionan como organismos donde anclar los mecanismos del mercado.

Los críticos de Vogl, muchos de ellos provenientes del grupo de la «teoría de la elección pública», han argumentado que la autonomía, entendida de hecho como supremacía, del banco central constituye la única cautela efectiva contra políticos democráticos frívolos, que obtienen el puesto a base de gastar de forma irresponsable, vaciando las arcas públicas. Los gobiernos democráticos que financian escuelas y carreteras son estigmatizados, equiparados a gobernantes autocráticos que matan el aburrimiento haciendo la guerra. Vogl no pierde tiempo con este tipo de argumentos. Con todo, le podría haber merecido la pena situar la relación cambiante entre gasto público, deuda pública, fiscalidad y tipos de interés, así como toda la retórica de la elección pública en torno a ello, en un contexto político-económico más amplio, que trasciende el análisis institucional propiamente dicho. ¿Y si la presión en favor de un gasto público cada vez mayor fuera un reflejo, no de la «irresponsabilidad» democrática, sino de lo que en términos marxianos describiríamos como la tendencia secular hacia la «socialización de la producción», que propiciaría la necesidad funcional de que la prosecución de beneficio privado sea respaldada por una infraestructura pública cada vez más elaborada y, en consecuencia, más cara? Es aquí donde el análisis institucional que hace Vogl del mundo bipolar de su zona de indeterminación se podría haber beneficiado de una inmersión en una economía política del capitalismo contemporáneo. En tal contexto, su análisis habría contribuido enormemente a nuestra comprensión de lo que podríamos llamar la «contradicción» dialéctica existente entre, por un lado, la oferta limitada de ingresos fiscales –motivada por la resistencia del capital a la imposición fiscal– y, por otro, las demandas crecientes (incluyendo las exigencias capitalistas) de servicios públicos de previsión y reparación: desde la educación hasta las labores de conservación medioambiental, pasando por la seguridad (desde la vigilancia ciudadana en los centros urbanos a las tareas de antiinsurgencia en los extrarradios) y la reparación pública debida a los ciudadanos por la pérdida de renta y estatus como consecuencia de la destrucción creativa del capitalismo. Un gasto público demasiado escaso puede alejar el capital, pero demasiados impuestos pueden producir el mismo efecto, mientras que demasiado gasto público estrecharía de forma inaceptable el margen para la búsqueda de beneficio privado.

La privatización de los servicios públicos puede, por supuesto, ser de ayuda, y así ha sido durante algún tiempo. Pero dicha privatización tiene sus límites, por supuesto, entre otros los derivados de la resistencia ciudadana. La única opción, por tanto, es la de financiar las demandas crecientes que afronta el Estado incrementando la deuda pública. De hecho, si el capital debe decidir entre un Estado sin deuda y con impuestos altos, o un Estado endeudado y con impuestos bajos, la elección le resulta clara. Para el capital con poca carga fiscal, la deuda pública supone una oportunidad conveniente para prestarle al Estado, en concepto de inversión privada, una cuantía que, de otra manera, le sería confiscada vía impositiva. El dinero prestado al Estado sigue siendo de propiedad privada, produce intereses –al menos, en tiempos normales– y puede mantenerse en la familia y heredarse de generación en generación. Para que esto suceda, por supuesto, los Estados deben estar dispuestos y ser capaces de afrontar el servicio y la devolución de su deuda de manera fiable y es en este punto donde los bancos centrales aún parecen cumplir un papel importante en la gestión del capitalismo «financiarizado». Pues no solo pueden mediar entre los Estados y la industria financiera –financiando a los primeros y permitiendo a la segunda canjear deuda pública por beneficios–, sino que también contribuyen a mantener la deuda pública en un nivel que no comprometa la solvencia y fiabilidad estatales a ojos de sus acreedores privados. Esto lo hacen, por ejemplo, advirtiendo a la opinión pública, con toda la autoridad que les otorgan sus teorías pseudocientíficas, de los peligros de la deuda pública excesiva (en forma de inflación y otras calamidades), y abogando por medidas de equilibrio presupuestario que pasan por implementar unas políticas de «austeridad» en todos los ámbitos, excepto en lo tocante al servicio de la deuda. Queda abierta la cuestión de si esta solución será suficiente para cubrir la brecha existente entre, por un lado, la imposición fiscal máxima posible en una economía capitalista nacional globalizada y, por otro, las demandas crecientes de infraestructuras y servicios públicos características del capitalismo avanzado. Es probable que no baste del todo y que, al igual que sucede con la privatización, el remedio solo sirva para postergar el choque que se avecina entre el ánimo de lucro privado y sus aseguradores públicos.

## Tarifas de suscripción a la revista *New Left Review* en español

### Para España

#### Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [55 €]

Suscripción anual para Instituciones [200 €]

*(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número  
enviados a una misma dirección postal)*

Venta de un ejemplar individual para instituciones [20 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

### Para Europa

#### Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [85 €]

Suscripción anual para Instituciones [300 €]

*(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a  
una misma dirección postal)*

Venta de un ejemplar individual para instituciones [30 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

### Resto del mundo\*

#### Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [120 €]

Suscripción anual para Instituciones [350 €]

*(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a  
una misma dirección postal)*

Venta de un ejemplar individual para instituciones [50 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

### Formas de pago

Se puede realizar el pago mediante tarjeta de crédito, transferencia bancaria o domiciliación bancaria a través de nuestra página:

<http://traficantes.net/nlr/suscripcion>

Para cualquier duda podéis escribirnos a [nlr\\_suscripciones@traficantes.net](mailto:nlr_suscripciones@traficantes.net)